

# RUBEN DARIO

Escribe: **Jaime Peralta**

De un pueblo pequeño, perdido en la geografía de la América Central, Metapa, y de un pequeño país, Nicaragua, procederá esa especie de gigante poético que es Rubén Darío. 1867 es el año de su nacimiento. Muere en 1916, en eterno regreso a su tierra natal, en brazos de Rosario Murillo, su segunda mujer, de la cual, paradójicamente, siempre huyó. En todo el mundo hispánico, del que había llegado a ser el poeta máximo, doblan las campanas. En este ciclo vital, trágico y glorioso a la vez, se cumplirá ese destino de renovador de la literatura en lengua española, se desarrollará ese milagro humano que fue la existencia de Rubén Darío. Este artículo quiere unirse a todas las voces castellanas para rendirle un sencillo homenaje, con unas palabras donde su figura de mestizo sublime se evocará sin extremar demasiado los adjetivos, ya que para tal nombre y tal poeta, estos no son ni siquiera necesarios.

Para Rubén Darío la poesía es un don natural, algo que se recibe con la misma sencillez de espíritu que el agua o el aire. Vienen de alguna parte y son indispensables al hombre. Hay que agradecerlo a un ser dador de todo, o quizás a nadie. Para el caso, es lo mismo. Pero si habría que dar las gracias porque alguien como Rubén Darío aparezca de vez en cuando en la gris monotonía de la mediocridad humana.

Será poeta, poeta siempre, desde el principio, desde los lejanos días en que en la León de su Nicaragua nativa recite versos en las procesiones y en los corrillos de despreocupados camaradas. Más de una vez la policía de León, un tanto inquieta por estos ocios líricos y, como buena policía, no muy sensible a determinadas efusiones, intenta cogerlo. El mismo dice que al adoptar aires de joven romántico, “la alarma familiar entra en mi casa. Entonces la excelente anciana protectora —o sea, su tía abuela, doña Bernarda Sarmiento, a quien había sido confiado por sus padres— quiere que aprenda a sastre o cualquier otro oficio práctico y útil. Pero —continúa— mis románticos éxitos con las mozas son indiscutibles, lo cual me vale, por mi contextura endeble y mis escasas condiciones de agresividad, ser la víctima de fuertes zopencos rivales míos, que tienen brazos robustos y están exentos de iniciación apolínea”.

¿Por qué Feliz Rubén García Sarmiento adoptó el nombre de Rubén Darío, que lo haría inmortal? Por una razón bastante simple. La familia de su padre Manuel García era conocida por “los Daríos” y su bisabuela

se hacía llamar Rita Darío. Muy pronto entonces dejó de usar sus verdaderos nombres y apellidos, para adoptar esa breve conjunción de nombres que lo llevaría no sólo por los caminos del triunfo sino por aquellos muchísimo más difíciles senderos que hacen que de él se tenga un perpetuo recuerdo: Rubén Darío.

Muy pronto su fama de poeta-niño y luego adolescente se extenderá desde Nicaragua a toda la América Central, cuyos países Darío visita siendo todavía un muchacho. Pero es sobre todo El Salvador, el más minúsculo de los países de la América Central, el que será más decisivo en la iniciación de estos primeros años. En efecto, allí conoce a Francisco Gavidia, el cual lo adiestra en el francés, que Darío sabe muy mal, lo pone en contacto con los poetas de Francia, en especial con Víctor Hugo. Darío desde entonces sentirá por este último una admiración profunda, un cariño fiel. Jamás abandonará su pasión por Víctor Tugo. Todo este aprendizaje con Francisco Gavidia será no sólo el encuentro de algo que Darío afanosamente buscaba, sino algo de capital importancia en su formación poética. Esa literatura extranjera que absorbe con una especie de hambre y con verdadero deleite, será el punto de partida para una serie de lecturas, experimentos poéticos, ensayos de reforma métrica para la lengua castellana y, más que nada, descubrimiento de la metáfora y del símbolo. No hay que olvidar que la poesía francesa de la época, rica en figuras de primera categoría y audaz en el hallazgo de nuevas formas de expresión, había llegado a una altura de auténtica maestría, gracias a las corrientes parnasiana y simbolista que se disputaban la primacía en la lírica francesa y que tan hondamente van a influir en el futuro poético tanto de Darío como de toda la lengua española.

Años de comienzo, de tanteos, de perpetuas inquietudes. Y también, en ese constante perseguidor de lo sensual y de lo erótico que fue Rubén Darío, años de amoríos fugaces. Es ya el adolescente becqueriano que en medio de su melancolía íntima trata de encontrar en el amor de una mujer ideal el remedio para sus anhelos recónditos. El mismo dice de estos días turbulentos: "Revelaciones súbitas de algo que está en el misterio de los corazones y en la reconditez de nuestras mentes; conversación con las cosas en un lenguaje sin fórmula; vibraciones inesperadas de nuestras íntimas fibras y ese reconcentrar por voluntad, por instinto, por influencia divina en la mujer, en esa misteriosa encarnación que es la mujer, todo el cielo y toda la tierra".

Pero esto no bastaba; su espíritu necesitaba salir, aventurarse por rutas desconocidas, llegar hasta un lugar que lo pusiera en relación más directa con ese mundo fabuloso, lleno de incitaciones y abierto a todos los refinamientos del lujo y a todos los placeres del alma y del cuerpo, que era el mundo europeo. Pero de Europa, Francia; de Francia, París. Las lecturas con Francisco Gavidia le habían hecho entrever un ambiente de ensueño, una borrachera de los sentidos permanente, un París soñado e irreal. Había entonces que partir, como el Jasón de la leyenda griega, en busca del vellocino de oro. Un amigo le había dicho: "Vete a Chile a nado, si no tienes dinero". ¿Y por qué a Chile? Quizás Darío hubiese preferido en ese momento los Estados Unidos, más próximos geográficamente y de más peso cultural para la América Central, que el remoto Chile. Pero fue a este último país a donde dirigió sus pasos el poeta, sin tener que hacerlo a nado, por supuesto. ¿Y por qué a Chile?, repetimos. Sencillamente porque durante la mayor parte del siglo XIX,

en un continente caótico como el hispanoamericano, en crisis continua después de la independencia de España, Chile era el único que representaba la solidez política de las instituciones, la estabilidad, el progreso social y la cercanía espiritual a Europa. Santiago de Chile, a pesar de su modestia como capital a fines del siglo pasado, fue para Darío la primera experiencia de una ciudad moderna, con un sistema de convivencia similar al que hubiese podido encontrar en una ciudad europea, y, en la medida de lo posible dada la lejanía de los centros de cultura, al día en todas las manifestaciones de ésta. Los años de la juventud de Darío en Chile, sin embargo, no son fáciles. En una sociedad sin mucha imaginación, esencialmente práctica, como era la chilena, productora de abogados, ingenieros, médicos, comerciantes e historiadores, la presencia de ese humilde poeta nicaragüense, flaco, sin elegancia exterior alguna, sería recibida, si no mal, por lo menos con el asomo de ironía y de crueldad que caracteriza a aquellos que, incapaces de comprender lo que se aparta del ras de la tierra, sólo pueden reaccionar con la indiferencia o con la mofa estúpida. Ni su amistad con Pedro Balmaceda Toro, hijo del presidente José Manuel Balmaceda, ni sus otras amistades de rumbo en la capital chilena, le impidieron a Darío sufrir este desprecio, tener muchísimas amarguras e incluso pasar hambre. Un puesto en la Aduana de Valparaíso y el trabajo en periódicos, fueron su salvación provisoria. **Abrojos**, el primer libro de poemas que Darío publica en Chile, nos da testimonio de su estado de ánimo. Es reveladora, por ejemplo, la siguiente estrofa, dirigida a sus compañeros de imprenta, que se burlaban de su falta de sentido práctico de la vida: **Me tienes lástima, ¿no?, / y yo quisiera una soga / para echártela al pescuezo / y colgarte de una horca, / porque eres un buen sujeto, / una excelente persona, / con mucha envidia en el alma, / y mucha baba en la boca.**

Pero no todo serían sinsabores en Chile, hay que hacerlo constar. El hijo del presidente pondría a su disposición la nutrida biblioteca de la familia presidencial. Allí Darío leyó mucho, devoró como siempre toda clase de lectura, especialmente literatura francesa. Pero sin olvidar, por cierto, la española, tanto la clásica como la contemporánea. Resultado de toda esta ingestión y, por así decirlo en un modo un tanto irreverente para su memoria, de todo este empacho literario, fue la publicación de **Azul...** en 1888, libro en prosa y verso, clave de la obra de Darío y varilla mágica que abre las más diversas corrientes de ese río de remozamiento de la literatura en lengua española que es el modernismo. El modernismo nacerá con **Azul...** y morirá cuando muera Rubén. Pero en este lapso de menos de treinta años, cuántas cosas ocurrirán, cuántas obras, temas y autores enriquecerán una literatura que estaba en víspera de declarar su propia defunción, por falta de savia vital que la alimentara. Quizás nadie haya pensado en considerar a Rubén Darío como una especie de Jesucristo, que pudo con un toque de gracia resucitar algo ya muerto y como a Lázaro, hacerla volver a la vida. Porque eso era la literatura en lengua española antes de Darío: una hinchada vaciedad de palabras, los peores ripios en los que se estimaban como grandes poetas. Salvo honrosas excepciones, cuesta hoy leer a veces a las notoriedades de fines del siglo XIX: Emilio Castelar, Gaspar Núñez de Arce, Ramón de Campoamor y aún a la célebre condesa de Pardo Bazán. Pero es a uno de éstos, quizás el más inteligente y sensitivo de toda esta generación, don Juan Valera, a quien debe Darío el espaldarazo que le permitirá hacer suyo el ambiente literario de la Península ibérica. Es indudable que la consagración definitiva de Rubén Darío se

debe a don Juan Valera, cultísimo crítico y hábil novelista. A propósito de **Azul...** escribe Darío: "Mi libro no tuvo mucho éxito en Chile. Apenas se fijaron en él cuando don Juan Valera se ocupara de su contenido en una de sus famosas "Cartas Americanas" de "Los lunes del Imparcial".

Como se sabe, en una aguda como acertada interpretación, don Juan Valera, al leer **Azul...**, señaló en Darío un **galicismo mental**. Pero, a la vez que hacía esta observación sobre la actitud del joven poeta, el crítico español quedaba sorprendido de que siendo profundo el galicismo de la mente, no existiese el galicismo en la expresión. Muy por el contrario. Darío poseía un conocimiento absolutamente cabal de los resortes propios del idioma español. De esta manera pudo afirmar don Juan Valera: "Usted es usted: con gran fondo de originalidad muy extraña". Y luego agregaba: "El libro está impregnado de espíritu cosmopolita".

Una vez publicado **Azul...**, Rubén Darío volvió a Nicaragua. Contrajo matrimonio allí con Rafaela Contreras. En 1892, como delegado de su país, asistió en España a las festividades del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. En Madrid conoce y traba amistad con los más destacados literatos españoles de su época, que lo reciben como a un igual. Salvador Rueda, al pedirle un prólogo para su libro **En tropel**, se declara partidario fervoroso de las innovaciones poéticas venidas del continente americano. De hecho, las corrientes modernistas encarnadas en Darío, se introducían en España con esta primera visita a la Península del vate nicaragüense. Regreso a Centroamérica. Poco después queda viudo. Aunque nunca parece haber sentido un amor intenso por Rafaela Contreras, su primera mujer, la muerte de ésta lo sumerge en un abismo de dolor. Se siente huérfano, abandonado, como un ser a la deriva. De esta pena nace el poema **El poeta pregunta por Stella**, donde interroga: **¿has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella, / la hermana de Ligeia, por quien mi canto a veces es tan triste?**

Un nuevo matrimonio, éste sí que perfectamente desgraciado, amargaría para siempre la vida de Darío. Es el que contrajo con Rosario Murillo, luego de una borrachera que le provocaron los hermanos de la novia. Este enlace fue para el poeta una carga inútil, pues jamás vivió con su mujer y huyó de ella como de la peste. Sólo le impidió más tarde volver a casarse. Sin embargo, esta Rosario Murillo, de la que dijo en versos ácidos: **Y eran su canto, su baile, / y sus carcajadas mil, / puñaladas en el pecho, / puñaladas para mí, / de las cuales llevo adentro / la imborrable cicatriz**, esta Rosario Murillo fue la que cuidó con amor de sus últimos momentos.

Fue a Buenos Aires luego, investido con el cargo de Cónsul de Colombia, que debió al valimiento de su amigo el ex-presidente y poeta Rafael Núñez. Como era usual hacerlo entonces, hizo el viaje a Buenos Aires por la vía Nueva York Europa. Por fin pudo conocer su adorado París, donde hizo amistad con algunos escritores franceses.

La permanencia de Rubén Darío en Buenos Aires desde 1893 a 1898 es una estancia llena de frutos valiosos, no sólo del propio Darío, sino de otros grandes escritores hispanoamericanos que en dicha ciudad lo rodearán como al maestro indiscutible. Es en Buenos Aires que aparece su colección de semblanzas de los escritores europeos y americanos que Darío admira y que sólo es una recopilación en libro de una serie de artículos publicados en el gran diario argentino **La Nación**. No es que

todos los autores allí reunidos merezcan el calificativo de **Los raros** como el poeta llamó a este libro. Lo que interesa tener en cuenta es que él marcaba una nueva orientación estética.

Pero es **Prosas Profanas**, publicada en 1896, la obra que nos dará la quintaesencia del movimiento modernista en auge, que nos colocará en cada uno de sus puntos neurálgicos. Es también **Prosas Profanas** el libro más importante de la primera época de Darío. El nombre de **Prosas...** puede inducir a equivocación, pero se trata de un libro de poemas. En efecto, en determinadas solemnidades, en la misa, se agregan en la liturgia ciertos poemas religiosos, llamados prosas. El poeta, con el deseo evidente de hacer manifiesta una especie de mística pagana, que se goza en lo puramente bello y pasajero, tomó en préstamo de la liturgia católica el nombre de **Prosas...**

**Prosas Profanas** destaca con preferencia, como indica Max Henríquez Ureña en su **Breve historia del Modernismo** ciertos aspectos del modernismo, sobre todo el del preciosismo, el del exotismo y el de la fantasía refinada. Con razón sostiene el mismo autor que esos aspectos engendraron en una legión de imitadores el amaneramiento y la afectación, que muchos consideraron como expresión de la voluntad de estilo del modernismo. El propio Darío dice en el prefacio: "Veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles". En **Prosas Profanas** se encuentran quizás las más conocidas composiciones poéticas de Darío, o por lo menos aquellas que con mayor encanto han tocado el corazón de los públicos de habla española: **Divagación**, **Era un aire suave...**, **Sonatina**, **Sinfonía en gris mayor**, para citar sólo algunas. Detengámonos un instante en aquella delicia que dice:

**Era un aire suave, de pausados giros;  
el Hada Harmonía ritmaba sus vuelos,  
e iban frases vagas y tenues suspiros  
entre los sollozos de los violoncellos.**

**La marquesa Eulalia risas y desyíos  
daba a un tiempo mismo para dos rivales;  
el vizconde rubio de los desafíos  
y el abate joven de los madrigales.**

**¿Fue acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,  
sol con corte de astros, en campo de azur,  
cuando los alcázares llenó de fragancia  
la regia y pomposa rosa Pompadour?**

**¿Fue acaso en el Norte o en el Mediodía?  
Yo el tiempo y el día y el país ignoro;  
pero sé que Eulalia ríe todavía,  
¡y es cruel y eterna su risa de oro!**

En esta evocación exquisita, pero intemporal, del siglo XVIII francés, de ese siglo XVIII de las fiestas galantes al estilo de Watteau, tenemos una muestra de una de las tendencias más claras de la primera etapa de Darío y del modernismo: el retorno a ciertas épocas de la historia de la humanidad en que el hombre alcanzó una armonía tal de su interior con lo exterior circundante, que en perspectiva puede estimarse como estados perfectos de cultura: tales serían, por ejemplo, la Grecia clásica, en puras líneas de mármol sobre la transparencia de su atmós-

fera; la Edad Media gótica y mística, impregnada de religiosidad; y la Francia de los Luises, sutil, frívola y graciosa, suave y un tanto melancólico otoño de la gran cultura europea.

Pero hay un aspecto de Darío y del modernismo que todavía no se ha tocado y que es esencial: los símbolos. Se prefieren los símbolos de elegancia plástica, en especial el cisne. Nada le falta; el cisne es una verdadera alhaja. Desde la curva de su cuello, que trae el recuerdo de liras y vasos, hasta su lírica muerte. Blancura la del cisne, hermana de las más preciosas blancuras. Su cuerpo posee delicados elementos: perfume, armiño, seda, luz. A estas palabras de Pedro Salinas habría que añadir que el cisne está unido a un mito muy caro a Darío y a los modernistas: el de Leda. Transformado en cisne, Júpiter engendra en la carne humana de Leda, la Belleza, simbolizada por Helena. La mítica ave es entonces signo de posesión y de la capacidad del poeta para producir aquello único por lo que vive: la Poesía.

**¡Oh cisne! ¡Oh sacro pájaro! Si antes la blanca Helena / del huevo azul de Leda brotó la gracia llena, / siendo de la hermosura la princesa inmortal, / bajo tus blancas alas la nueva Poesía / concibe en una gloria de luz y de armonía / la Helena eterna y pura que encarna el ideal.**

Pero la poesía de Rubén Darío experimentará un vuelco notorio a partir de 1905 y también su concepción del cisne como símbolo. En efecto, en ese año aparecen **Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas. Prosas Profanas** no había tenido motivaciones americanas, o en todo caso las que tiene son insignificantes, a pesar de las palabras de Darío en el prólogo: "Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas, en Palenque y en Uxatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo: demócrata Walt Whitman". Por eso, el crítico uruguayo José Enrique Rodó, al estudiar en un excelente ensayo las poesías de **Prosas Profanas**, pudo exclamar: "¡No es el poeta de América!" Sin embargo Rodó, como en muchas cosas, se equivocaría rotundamente. Darío no sólo sería el poeta de América, sino de toda la Hispanidad. El propio poeta, en el primer poema de **Cantos de vida y esperanza**, dedicado precisamente al mismo Rodó, señala su cambio de ánimo y de visión de las cosas:

**Yo soy aquel que ayer no más decía/ el verso azul y la canción profana/ en cuya noche un ruiseñor había/ que era alondra de luz por la mañana. / El dueño fui de mi jardín de sueño, / lleno de rosas y de cisnes vagos; / el dueño de las tórtolas, el dueño / de góndolas y liras en los lagos; / y muy siglo dieciocho, y muy antiguo / y muy moderno; audaz, cosmopolita; / con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo, y una sed de ilusiones infinita.**

Toda actitud frívola y libresca, tan característica de **Prosas Profanas**, desaparece en **Cantos de vida y esperanza**. Un soplo de melancolía parece haber atravesado su alma, inundándola toda. En el tono de casi todos los poemas de **cantos de vida y esperanza**, se observa la plena conciencia que tiene Darío de que es él, y sólo él, la gran voz profética anunciadora del destino de los pueblos hispánicos. El cisne ya no es un mero símbolo de belleza plástica. Es el augur, la pitonisa, el depositario de los secretos últimos, al que el poeta interroga gravemente: **¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? ¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caba-**

llos? ¿Callaremos ahora para llorar después? Porque antes había dicho que la América española, como la España entera, / fija está en el oriente de su fatal destino; /. En su angustia porque las brumas septentrionales lo llenan de tristeza y las rosas americanas se mueren, como él dice, y se agotan nuestras palmas, no hay ilusiones. Nos hemos transformado en los mendigos de nuestras pobres almas. Metido el poeta entre aquellos cisnes que ayer no más eran los compañeros de la ilusión, los divinos príncipes del verso, los padres de la poesía, no puede ver otra cosa que pesadumbre a su alrededor; los cisnes son ahora sus fieles amigos en el desengaño, cuando el otoño se siente en el alma y en el cuerpo, en un tiempo donde ya no hay “Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños”. Contempla en este poema la agonía del león español y la cobarde huída de los pueblos americanos de estirpe española, al escuchar “una fuga de americanos potros”. No hay que olvidar que estos versos se escribieron en una época de profundo pesimismo para el destino de los países de habla española, cual fue la posterior a 1898, luego de la destrucción de los últimos restos del Imperio español hecha por los Estados Unidos en la desastrosa guerra de Cuba. Todo entonces se veía negro, igual que lo vieron en España los componentes de la generación literaria que quedó marcada para siempre con el apelativo de ese año trágico: la Generación de 1898, de Unamuno, Maeztu, Antonio Machado, Baroja, Azorín y otros. Rubén Darío interroga así a la esfinge, para preguntar qué porvenir espera en la interrogación del cuello divino del cisne: **Y un cisne negro dijo: “La noche anuncia el día”. / Y un blanco: “La aurora es inmortal, la aurora / es inmortal”. ¡Oh tierras de sol y de armonía, / aún guarda la esperanza la caja de Pandora!**

Pero no todo es pesimismo en este conjunto de poemas. Con sabia elección, Rubén Darío los tituló a todos ellos **Cantos de vida y esperanza**. Sí; la esperanza prima aquí y es anunciadora de un luminoso futuro para estas tierras de sol y de armonía. Siguiendo la misma línea que Rodó, que a una América sajona práctica, materialista, conquistadora sin escrúpulos, opone una América hispana “hospitalaria para las cosas del espíritu”, en la irreductible oposición del Ariel y del Calibán shakesperiano, Rubén Darío, en el **Canto a Roosevelt** nos hablará de aquella América nuestra, que tenía poetas / desde los viejos tiempos de Netzahualcóyotl, / que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco, / que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió; que consultó los astros, que conoció la Atlántida / cuyo nombre nos llega resonando en Platón, / que desde los remotos momentos de su vida / vive de luz, de fuego, de perfume, de amor, / la América del grande Moctezuma, del Inca, la América frangante de Cristóbal Colón, / la América católica, la América española, / la América en que dijo el noble Guatémoc: / “Yo no estoy en un lecho de rosas”; esa América / que tiembla de huracanes y que vive de amor, / hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive. / Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del sol. / Tened cuidado. ¡Vive la América española! / Hay mil cachorros sueltos del León Español. / Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo, / el Riflero terrible y el fuerte Cazador, / para poder tenernos en nuestras férreas garras. / Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

Antes había dicho, refiriéndose a la gran potencia nortea: **Los Estados Unidos son potentes y grandes. / Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor / que pasa por las vértebras enormes de los Andes. / Si clamáis, se oye como el rugir del león.**

He aquí a dos mundos enfrentados, en ese desigual combate que sitúa a los pueblos hispánicos, divididos, incapaces por el momento de realizar un destino común al cual todos los elementos que poseen los llama, ante ese poder tremendo que son los Estados Unidos. El poeta siente ese dualismo como una cosa fatal, tajante, sin remisión. Al lanzar este reto al primer Roosevelt, como **futuro invasor de la América que tiene sangre indígena, / que aún reza a Jesucristo y que aún habla en español**, termina toda la primera parte del poema con un rotundo **No**, que está en condiciones de anular, tal es la fuerza expresiva y potencial con que lo embiste, toda la fuerza que el poderío norteamericano puede suponer. Acusa a Roosevelt de la ingenuidad de portarse como un cazador primitivo, que lo mismo que a una fiera, quiere cazar el porvenir. Pero el poeta sabe que el porvenir no pertenece a nadie, ni siquiera al más poderoso de la tierra. Por eso, al final, contra lo previsible, contra aquello medido y calculado por el hombre, contra aquello que se da por hecho, que sería la absorción de la América Hispana por los Estados Unidos, opone precisamente lo imposible de prever, algo que no está dentro de los cálculos y de la razón humana, algo que está oculto y que es secreto: el supremo designio de las cosas futuras, el misterio de lo que vendrá, simbolizado por una sola palabra: ¡Dios!

Antes en la **Salutación del optimista**, había contemplado a todo ese haz de pueblos, **inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda** y lo había incitado, con versos retumbantes, a sacudir cualquier inútil derrotismo y a ver un futuro digno de la historia gloriosa del mundo de habla española. Por eso dice: **ya veréis salir el sol en un triunfo de liras**. España, la vieja madre España, presente siempre en el pensamiento y en el sentir de Darío, está allí también, no sólo en una forma implícita en los dos poemas comentados, sino directamente, en otros dos de ellos: en el dirigido al Rey Oscar de Suecia en su visita a España, donde el poeta siente como nunca su calidad de español y hace ver al rey escandinavo toda la grandeza pasada de ese mundo en el que va a poner los pies. Luego de una larga enumeración de las figuras señeras de la historia hispánica, le recalca: **Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire, / mientras la onda cordial aliente un sueño, / mientras haya un viva pasión, un noble empeño, / un buscado imposible, una imposible hazaña, / una América oculta que hallar, ¡vivirá España!** Lo mismo ocurre en el poema **Cyrano en España**, donde el amor del poeta por sus dos patrias europeas, la carnal que es España y la espiritual que es Francia, se enlaza y entremezcla.

Después de la publicación de **Cantos de vida y esperanza**, muy pocos años quedarán a Darío de producción y vida. Su visión de las cosas se ensombrece cada vez más y su conciencia de que la muerte se está acercando, es notoria en sus poemas de la madurez. Su apetencia sentimental, nunca satisfecha, se va a ver hasta cierto punto colmada en sus días en Madrid en la persona de una humilde campesina de Avila, Francisca Sánchez, la cual le adora como a un dios, le sirve como una esclava y le da hijos. El poeta siente una profunda ternura por ella, aun cuando a veces asegure a alguno de sus amigos que uno se acostumbra a todo, aun a los animales... Sin embargo, en su soledad en París, añorando la cálida compañía de esta mujer, le escribe uno de sus más sentidos poemas: Francisca Sánchez, acompáñame.

No es mucho lo que queda por decir de Ruben Darío, aunque es muchísimo lo que de él puede decirse, ya que una personalidad de tan enor-

mes posibilidades, fácilmente agotaría una biblioteca. En todo caso, no es de ninguna manera factible abordarlo por entero en un artículo. Baste agregar que los últimos años de su vida, desgraciados desde el lado económico —siempre ingrato para el poeta—, lo ven arrastrado a una aventura de conferencias por todo el continente americano, que ciertos comerciantes empeñados en lucrar a costa de su fama poética, le proponen. Y sobre todo, desgraciado por su eterno vicio alcohólico que lo llevará a la tumba. Su preocupación por el más allá se hace obsesiva y ya la encontramos en **Cantos de vida y esperanza con Lo fatal: Ser, y no ser nada y ser sin rumbo cierto, / y el temor de haber sido y un futuro terror... / y el espanto seguro de estar mañana muerto, / y sufrir por la vida y por la sombra y por / lo que no conocemos y apenas sospechamos, / y la carne que tienta con sus frescos racimos, / y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos, / ¡y no saber a dónde vamos, / ni de dónde venimos!**

**El canto errante, 1907, Oda a Mitre y otros poemas, Canto a la Argentina, Baladas y Canciones y Poemas del otoño y otros poemas,** señalan la producción de los últimos años del poeta. Mientras su cuerpo, deshecho por los excesos de toda una existencia que se dio sin tasa, se iba extinguiendo, su alma, inmensa, eterna, se transformaría en el símbolo de todo un mundo, de todo un continente y de toda una atmósfera cultural que aprendió a sentir la belleza de un idioma común de modo diferente que antes de su nacimiento. He aquí quizás la gloria más grande de Darío: no se puede concebir en la actualidad la literatura hispánica sin su figura. Era distinta antes que él. Mejor, más hermosa, más rica, más interesante después de él. Es lo único que puede decirse como homenaje a su memoria.